



EL REINADO DE UN TUERTO.

(Continuacion.)

III.

Segundo triunfo del tuerto.— Los libros parroquiales.— Tertulia de aldea.— ¡Usted lo sabe todo!— La memoria.— Los veinte nombres inconexos.— Noticias históricas.— El árabe y el filósofo.— Aureola sobre aureola.

Al terminar yo mi visita á la escuela, el maestro dió suelta á los chicos, aunque todavía no era la hora en que ordinariamente se la daba, y él, el señor cura, algunos otros vecinos y yo, nos fuimos á la iglesia.

—¿Qué le parece á V. de la antigüedad de este edificio? me preguntó el señor cura.

—Me parece que el cuerpo principal se construyó hace poco más de trescientos años, y el campanario hace poco más de cien, contesté, viendo que la iglesia pertenecía á la extrema decadencia del arte ojival, y

el campanario al auge del churriguerismo.

—Y es muy posible que eso sea cierto, porque por lo visto V. lo sabe todo, dijo el maestro con asentimiento del señor cura.

Después de examinar los retablos é imágenes de la iglesia, que eran de escasísimo mérito artístico, cosa que me guardé muy bien de decir, porque no opinaban lo mismo ni el cura, ni el maestro, ni los demás vecinos de la aldea, que los veían con los ojos de la fe y les parecían admirables, entramos en la sacristía, donde se guardaban en un armarito los libros parroquiales.

Los libros, tanto de fábrica como de bautizos, casamientos y defunciones, comenzaban en el primer tercio del siglo XVI. Examinando las pri-

meras páginas del primero, me encontré con una cuenta en cuyo encabezamiento se decía que lo era de los últimos gastos hechos en las obras de reedificación de la iglesia, y corriendo folios y más folios, hasta llegar á más de mitad del libro, me encontré con otra en que se manifestaba que lo era de los hechos para terminar la edificación de la torre con que se había sustituido el campanario de espadaña.

Hice notar á mis acompañantes aquellos datos, que justificaban mi opinion de que el cuerpo de la iglesia pertenecía á principios del siglo XVI y la torre á principios del XVIII, y no necesito encarecer lo mucho que subió el asombro que les causaba lo que llamaban mi sabiduría.

— Pero, ¿cómo es posible, exclamaban, que un hombre, por sabio que sea, pueda decir los años que cuenta un edificio antiguo, sin más que ver el edificio, como V. ha hecho con este?

— No sean ustedes niños, les contesté; eso lo dice cualquiera, aunque sepa tan poco como yo.

— ¡Poco lo que V. sabe! Hombre, no diga V. eso, que verdaderamente necesitábamos ser niños de la escuela para creer que no es V. un sabio consumado.

Como casi todo el voluminoso libro de fábrica estaba en letra antigua, que ni el maestro, ni el cura, ni nadie de la aldea entendía, nuevo asombro de todos al verme leer en él de corrido.

Todo lo que leí en él, lo leí en voz

alta, porque así me lo suplicaron, pues querían aprovechar aquella ocasion de saber lo que el libro contenía; y como en este entretenimiento y el de la lectura de algunas partidas de bautismo, casamiento y defuncion, tambien antiguas y leídas por mí en voz alta, se nos fuese acercando la noche, abandonamos la iglesia, y el señor cura y yo nos despedimos del maestro y los demas vecinos, que me ofrecieron ir despues de cenar á hacerme un rato de tertulia.

En efecto, cuando áun charlábamos de sobremesa el señor cura, su señora madre, su hermana y yo, fueron llegando los vecinos que nos habian acompañado en la iglesia, algunos otros y el maestro.

La tertulia se instaló, segun costumbre de la aldea, en la cocina, y no hay que decir si en ella se me reservaria el puesto más prominente, cómodo y honorífico.

El perro de la casa, que era uno de los que con tan poca benevolencia me habian recibido, se habia hecho ya muy amigo mio durante la cena, mediante un corrusquito de pan con que le obsequié, y en prueba de ello no cesaba de acariciarme en la tertulia.

— Vean ustedes, dijo el maestro, qué animal tan noble y poco rencoroso es el perro! ¡Quién dirá, al ver que el del señor cura está ya á partir un piñon con don Antonio, que don Antonio tuvo que ahuyentarlo á pedradas esta tarde!

— Está V. equivocado, señor maes-

tro: yo no le ahuyenté á pedradas.

— ¡Cómo no, si él y el otro perro apénas le acometieron á V. huyeron más que á paso por el campo adelante con más miedo que vergüenza?

— Pues no les tiré piedra alguna, ni áun les amenacé.

— Y entónces, ¿por qué huyeron atemorizados?

— Porque yo sé la manera de hacer huir á los perros más furiosos sin maltratarlos, ni áun amenazarlos.

— ¡Jesus, qué asombro! ¡Usted lo sabe todo! exclamó el maestro santiguándose de admiracion, y casi lo mismo hicieron el señor cura y todos los demas tertulianos.

Yo no péco de modesto; pero áun así, estuve á punto de arrancarme la aureola con que engalanaban mi frente, conociendo que era escandalosamente inmerecida. Sin embargo, me aguanté con ella, porque, como decia D. Pablo el de Deusto, para vivir necesita el prestigio del mundo el que no se ha echado el alma á la espalda.

— Verdad tiene que ser lo que dice D. Antonio, añadió el señor cura, en primer lugar, porque D. Antonio lo dice y esto basta para creerlo, y en segundo, porque si le hubiese arreado una pedrada al perro, el perro no lo hubiese olvidado, pues los perros tienen una memoria asombrosa.

— Tanto más asombrosa, dije yo, cuanto que no tienen medios artificiales para ayudarla; como los tenemos los racionales.

— En que tengamos los raciona-

les esos medios no estoy conforme con usted, D. Antonio, replicó el maestro.

— Pues los tenemos eficacísimos.

— Desengáñese V., que la memoria la da ó la niega la naturaleza, y el arte poco ó nada tiene que ver con ella. Yo tengo en la escuela chicos que con repasar una sola vez la leccion, ya se les queda en la memoria, y tengo otros que, aunque estén todo el dia dale que le das, no se les queda en la memoria una palabra.

— Pues yo le aseguro á V. que existe desde muy antiguo un arte eficacísimo de ayudar la memoria. Este arte, que tiene nombre griego, se llama Nemotécnia pronunciándole á la española, aunque escribiéndole con arreglo á su etimología, difiere en algunas letras.

— Permítame V. decirle que yo no fio en su eficacia.

— ¿Quiere V. que yo le pruebe que debe fiar?

— Con muchísimo gusto.

— Pues escriba V. en un papel cien nombres distintos é inconexos, vaya leyéndomelos lentamente para que yo pueda ir fijándolos artificialmente en la memoria, y verá V. cómo se los repito en seguida por el mismo orden en que V. me los haya leído, y si V. quiere, por el orden inverso.

— ¡Es imposible que haga V. eso! exclamó el maestro.

— ¡Imposible! repitieron el señor cura y los demas tertulianos.

— Pues veamos si es posible ó no: dígame V. los cien nombres, ó mejor dicho, escríbalos sin que yo los

vea ántes de decírmelos, para que pueda cerciorarse de si los repito ó no por el órden en que me los ha dicho. Verá V. con qué exactitud se los repito, y lo mismo haría si en

lugar de nombres fuesen ideas más ó menos concretas.

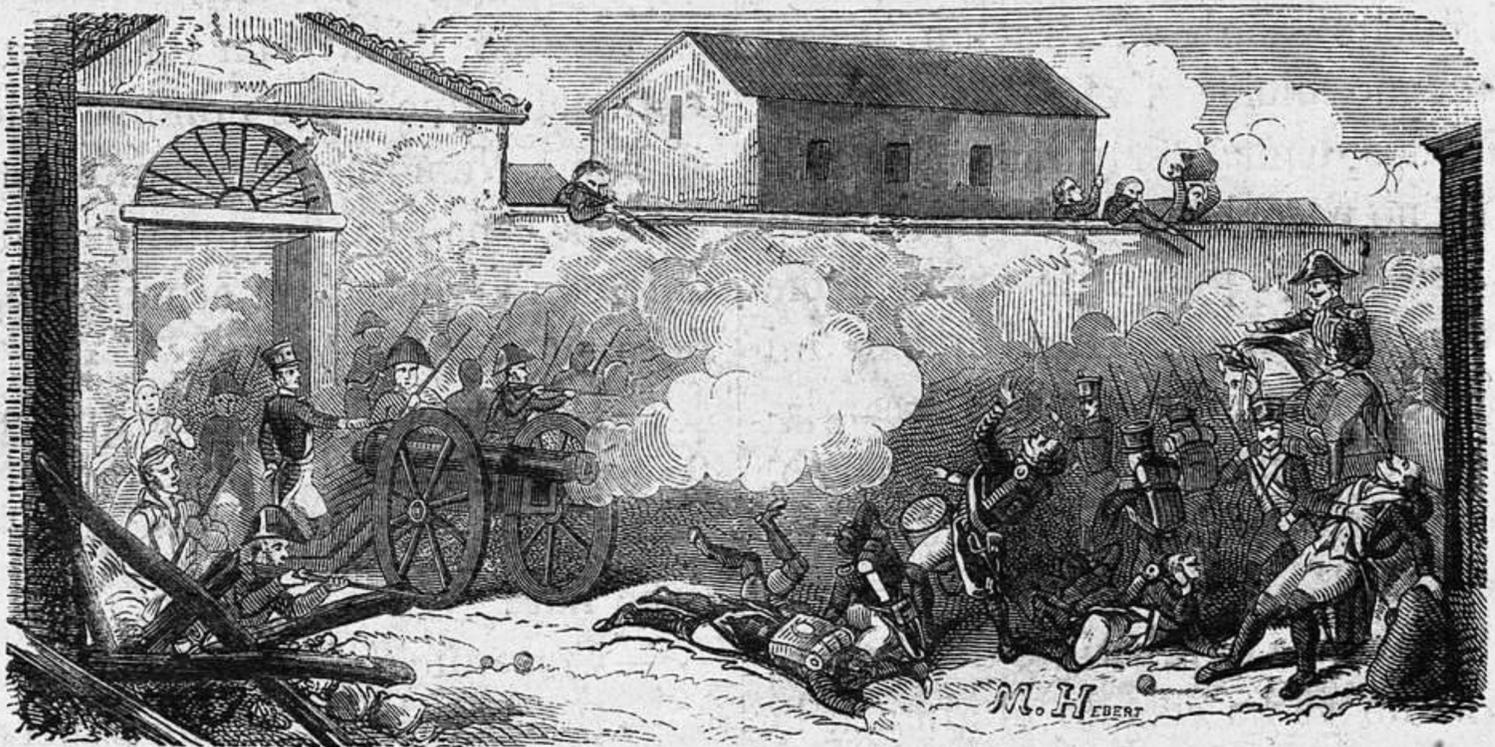
(*Se continuará.*)

ANTONIO DE TRUEBA.

PÁGINAS DE GLORIA.

El alzamiento nacional de 1808, esa sangrienta epopeya, digna de ser cantada por Homero y esculpida en mármoles por Miguel Ángel, esa

jornada de lágrimas y sangre que, con el clarín de la fama, revela al mundo civilizado la impotencia de los déspotas, cuando quieren subyu-



(2 de Mayo de 1808, en Madrid.)

gar á un pueblo libre, y la heroicidad de los pueblos, cuando pelean por su dignidad é independencia, ese alzamiento nacional, repetimos, estará grabado en la mente de las generaciones futuras de España, como lo ha estado en las pasadas el glorioso recuerdo de las hazañas y sacrificios sobrehumanos con que asombraron al mundo antiguo los habitantes de Numancia y de Sagunto.

Aquel movimiento general, espon-

táneo, decisivo, era el rugido del león de Castilla, que despertaba, herido, de su letargo; era el galope del caballo, que, roto el freno, corría desbocado por la selva, despues de arrojar y pisotear á su jinete; el eco del torrente que, rompiendo los diques que lo aprisionaban, se derrumbaba de peñasco en peñasco, arrasándolo todo; el ¡ay! del orgullo herido, de la fe religiosa sobresaltada, del sentimiento monárquico amenaza-

do, de la independencia combatida....

Los españoles de 1808 no eran, como suponen algunos, absolutistas ni liberales, progresistas ni moderados. Eran *españoles*: por eso se alzaron como un solo hombre; por eso vencieron.

Apoderado Bonaparte de la persona del rey Fernando, y dueño Murat de Madrid y del ánimo de la Junta, nombrada por aquél al abandonar los dominios españoles, amaneció el aciago 2 de Mayo.

Desde las primeras horas de la

mañana notábanse en la capital esos síntomas fatídicos, seguros precursores de las grandes revueltas.

Aquellos numerosos grupos de gentes de todas clases que cruzaban á la ventura las principales calles y sitios públicos, discutiendo enardecidos, con la ira en las ojos y la amenaza en los labios; aquel preguntar unos á otros, temerosos todos de una desgracia que se presentia sin conocer el lado por donde amenazaba; el abandono de los talleres, la soledad de las oficinas, el bélico aspecto de



(Formacion del ejército de Andalucía.)

la alterada plebe madrileña, todo auguraba algo de grande y aterrador.

Con la velocidad del rayo fué trasmitiéndose por aquel telégrafo humano la partida de los infantes, único resto que existia en Madrid de la Real familia. Cuajada la plaza de Palacio de hombres y mujeres, que aguardaban ansiosos la partida del infante D. Francisco, hijo menor de Carlos IV, y muy niño en aquella época, la sencilla exclamacion *¡que*

nos lo llevan! proferida por una pobre anciana, sirvió de mecha á la cargada mina, que reventó de improviso, estremeciendo á los franceses.

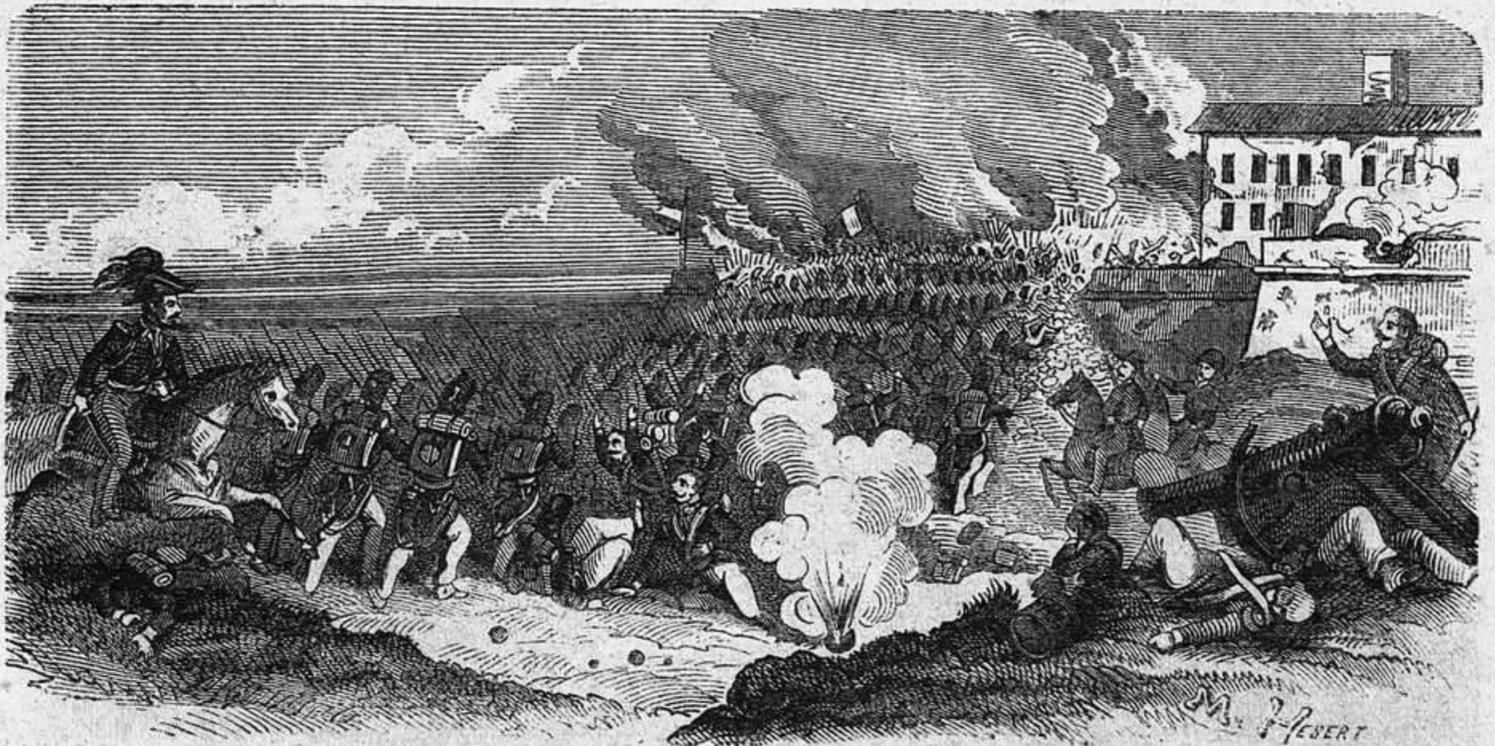
La brutal descarga de un batallon enemigo, enviado al efecto contra la indefensa muchedumbre, la atemorizó y dispersó, difundiendo el pavor y la confusion por todos los ángulos de la villa, y produciendo por ensalmo un levantamiento en masa.

Sin jefes, sin municiones, con ar-

mas inútiles en su mayor parte, batíanse los paisanos, arrollando á los soldados franceses donde quiera que los encontraban. Cada calle era teatro de una hazaña heroica; cada choque un simulacro de inaudito valor y temeridad.

Lanzado el pueblo de las calles más céntricas, no sin dejarlas sembradas de cadáveres de unos y otros combatientes, retiráronse los más esforzados al barrio de Maravillas,

y apoderándose del parque de artillería, hicieron una resistencia desesperada, bajo la dirección de los oficiales de aquel cuerpo, D. Luis Daoiz y D. Pedro Velarde, valientes y entendidos jefes que, al pié de sus cañones, con cuyos certeros disparos habian mermado notablemente las filas contrarias y tenido en suspenso la victoria, cayeron destrozados, dejando asombrados y absortos á sus propios enemigos.



(Zaragoza.)

En virtud de una solemne amnistía, publicada la misma tarde, el pueblo entregó sus armas y se retiró pacíficamente á sus hogares; pero un bando atroz del déspota frances, dictado por sentimientos de execrable venganza, sacó de su error á los inermes ciudadanos, que fueron vil é inhumanamente fusilados por fútiles pretextos.

El ¡ay! de muerte del pueblo de Madrid fué un grito de guerra, y de guerra sin cuartel, que, atravesando

el espacio, llevó el valor y el odio á todos los puntos de España.

Al general alzamiento contribuyó, y mucho, el oficio-circular que á todas las provincias del Mediodía dirigió D. Juan Perez Villamil, fiscal del Supremo Consejo de la Guerra, bajo el anónimo de *El alcalde de Móstoles*, en cuyo pueblo se hallaba recobrando su salud el día de la sublevación de la córte. Hé aquí tan curioso como poco conocido escrito: «La patria está en peligro. Madrid parece víctima de la perfidia france-

sa. Españoles, acudid á salvarle. Mayo 2 de 1808.—El alcalde de Móstoles.»

La batalla de Bailen en primer lugar, y las defensas de Zaragoza, Ciudad-Rodrigo, Hostalrich, Astorga y Gerona, defensas en que el heroísmo raya en lo fabuloso; los infinitos combates librados en toda la Península, son el complemento de los sucesos que quedan referidos.

Nadie pensaba entonces en derechos y privilegios; la idea única que agitaba las ardientes imaginaciones, que conmovia aquellas almas nobles y esforzadas, no era otra que la salvacion de su fe, de su monarquía, de su independencia.

Por eso en unas poblaciones los frailes, con un Cristo en la mano, capitaneaban las turbas y acometian á los franceses; en otras, un militar, con el retrato de Fernando por ban-



(Bailén.)

dera, arrojábase seguido del pueblo á la toma de una batería; y en todas, los más miserables ciudadanos y las más pobres mujeres del pueblo dirigian un motin ó dispersaban y derrotaban un batallon de enemigos, ostentando en sus pechos y cabezas la escarapela nacional.

¿Cómo no vencer, pues, en esa guerra tres veces santa, siendo un pueblo entero el que combatia, sin estar dividido por los ódios de partido y por las discordias civiles?

JUAN RICO Y AMAT.

FABULILLA.

Una camelia orgullosa
Dijo á una modesta rosa :
— « ¡ Qué ! ¿ no envidias mi arrogancia ? »
Y contesta :— « Eres hermosa ,
Mas no tienes mi fragancia. »

La persona inmodesta
Se expone á recibir esa respuesta.
Pues qué, ¿ no se oscurece la hermosura
Donde el talento con su luz fulgura ?

T. GUERRERO.

LA MEJOR AMIGA.

(Continuacion.)

— ¡ Dios mio ! ¿ Qué es esto ? exclamó la desgraciada madre ; ¡ mi hija ha podido hacer estos gastos !...

— La señorita iba con su prima y su doncella , y ésta dijo que se apuntase todo , y que pagaria su mamá.

— Pero , ¿ y el cristal ?

— ¡ El cristal no lo he roto yo ! balbuceó la niña , pálida y temblando ; ahora me acuerdo que debió ser Amelia... ; saltaba con la cuerda , y uno de los extremos , que tenía un cabo de madera , chocó y oí un crujido... Eso debió ser...

— La señorita Amelia dijo que habia sido V. , señorita ; y como su papá acaba de morir , y su mamá ha quedado en la desgracia , allí es en vano acudir , ni áun por la mitad del coste , como habia pensado el amo...

— ¡ Basta ! dijo la señora de Cifuentes : yo pagaré , aunque me cueste sacrificar el último dinero que queda en mi casa.

Salió , dichas estas palabras , y volvió á los pocos instantes con una bolsa de seda verde , á través de cuyas mallas brillaban muchas monedas de oro.

— Tome V. , dijo al camarero , y cuente para ver si hay 1.500 reales.

Aquél se acercó á una mesa , contó , y le dijo :

— Están cabales ; y ahora , señora , mil perdones : no volverémos á dar nada , ni á las señoritas ni á la doncella , sin orden de usted.

Salió , dichas estas palabras , y la señora de Cifuentes , volviéndose á su hija con el rostro trastornado por el dolor , le dijo :

— ¡ He dado á ese hombre hasta la última moneda que habia en casa , y debo buscar en la caridad el pan de mañana !

Enriqueta cayó á los piés de su madre , bañada en lágrimas.

— ¡ Apártate de mi vista ! le dijo

ésta, ¡y que no vuelva á verte hasta que tu padre, de acuerdo conmigo, disponga de tí!

Antonio condujo á su hermanita fuera de la estancia.

—¡Desgraciada! exclamó el niño, ¿qué has hecho? ¡Tú has consumado nuestra ruina!

La señora de Cifuentes mandó llamar en seguida á la artificiosa y vil Anita; pero ésta, enterada de lo que ocurría, y segura de que la iban á despedir vergonzosamente, había desaparecido.

VIII.

Cuatro dias despues, la señora de La Roca, ó sea la madre de Amelia, leía la carta siguiente:

«Mi querida prima: Tu carta me ha causado á la vez extrañeza y dolor; dolor, por la pérdida de tu excelente y digno marido; extrañeza, porque deseas, á lo que veo, que me encargue de tu hijo.

»No encuentro la necesidad de que Luis siga una carrera larga y costosa, ni me comprometo á sufragar los gastos de la misma; no ignoras que tengo hijos, y que su colocacion me origina dispendios y cuidados; así, pues, lo que puedo ofrecerte para el tuyo es colocarle en una casa de comercio, donde pueda ganar desde el primer año alguna cosa; el pensar en estudios y carreras es excusado.

»Si te parece bien lo dicho, envíamelo cuanto ántes; y si se porta como debe, pronto tendrá hecha

una suerte modesta, pero segura.

» Tu primo afectísimo,

» FRANCISCO M... »

La pobre madre vertió abundantes lágrimas al leer esta carta: ¡su hijo tenía que dejar unos estudios en que tanto sobresalía! ¡Iba á ser un oscuro dependiente de una tienda de comercio! La desgraciada viuda lo participó así á Luis con voz insegura y quebrantada de pena.

Pero el generoso niño, aunque sintió que su corazón se oprimía, se hizo un deber de consolar á su desgraciada madre.

—¿Y qué importa, mamá, exclamó abrazándola; qué importa que yo gane mi vida visitando enfermos ó midiendo varas de tela? Yo te aseguro que pronto me pondrán al frente del libro mayor, y que reemplazaré el bufete por el mostrador: ¿no es honroso también ese modo de ganarse la vida? Y..... ¿quién sabe? acaso á ratos perdidos podré estudiar, y llegar á ser lo que era mi padre; Dios no abandona á los que con fe le imploran, y no nos desamparárá tampoco á nosotros.

¡Qué consuelo puede derramar un buen hijo en el corazón de su madre! La de Luis se halló de repente dichosa y aliviada, aunque por la tarde tuvo otro nuevo y grave disgusto.

Su hermana política, la señora de Cifuentes, fué á verla, le contó el deplorable resultado de los paseos de Amelia y Enriqueta con la culpable Anita, y le dijo que aquella noche abandonaban su elegante hôtel

para irse á vivir á una pobre casa del barrio de Pozas, donde esperaba el regreso de su esposo: la causa de aquella súbita determinacion era el haber dado al dueño del café el último dinero que le quedaba por los descalabros de Amelia, de los que habia llevado la culpa Enriqueta, y que habia pagado su madre.

Cuatro dias despues, Amelia se hallaba colocada en casa de una modista, con órden de su madre de no dejarla un instante de la vista; allí debia dormir, y sólo debia ir á su casa cada ocho dias; es decir, los domingos por la mañana durante dos horas.

Luis partió el mismo dia á casa de su tio á Barcelona, para entrar en seguida en una casa de comercio, y su madre, sola ya y desolada, fué á participar la pobre existencia de sus hermanos políticos los señores de Cifuentes, que ofrecieron un sitio en su casa y en su mesa á la desgraciada viuda.

La despedida de su hijo no pudo ser más dolorosa: tantos pesares como le daba Amelia, tantas horas de consuelo debia á Luis, cuyo respeto y cariño no se habian desmentido jamas.

IX.

Amelia se sublevó contra la mano que la castigaba: decidida á cansar la paciencia de la buena mujer en cuyo taller la habian colocado de comun acuerdo su madre, su abuelo y su tia, no queria tralajar absoluta-

mente nada, y despreciaba lo mismo los consejos que las reconvenciones.

Cuando iba cada domingo á casa de sus tios, que era por entónces la de su madre, cambiaba de traje, y volvía á marcharse sin dirigir á nadie la palabra; solamente al pasar cerca de su prima Enriqueta, le enseñaba el puño cerrado y le decia:

—Tú tienes la culpa de lo que á mí me sucede, y estás aquí muy bien, en tanto que yo.....

—La estancia en casa de la modista durará poco para tí, si eres dócil y buena, le dijo Enriqueta el primer dia que su prima le habló así; yo lo he oido.

—¡Tú has hecho lo mismo que yo, y ningun castigo te han dado! insistió la rencorosa niña.

—Te equivocas, observó Enriqueta; he estado encerrada quince dias, comiendo sólo pan y bebiendo agua; pero me he dado por muy contenta de que el justo enojo de mamá se haya calmado con eso, y me haya devuelto su cariño.

—¡Qué imbécil eres! exclamó con despecho Amelia.

—Más vale ser imbécil, como tú dices, y paciente, como digo yo, que estar siempre dominada por la cólera; si sigues así tan irritada, puedes ponerte mala.

Amelia le volvió la espalda con colérico desden, y se fué á casa de la modista.

Aquel sombrío enojo, aquella disposicion rebelde y amarga de Amelia, dieron un funesto resultado; su sangre se encendió, y se le declaró

una violenta fiebre, como en su ingenua inocencia habia predicho Enriqueta.

Su desolada madre se la llevó á su lado, y toda la familia rivalizó en cuidados y atenciones; pero el mal pudo más: su violento carácter fué su verdugo, y trece dias despues de haber caído enferma exhaló el último suspiro, casi sin recobrar el conocimiento.

¿Quién podrá pintar, mis queridos niños, el desconsuelo de aquella

madre infeliz? ¡Por culpable que su hija fuera, por indómito que fuese su carácter, el amor de una madre es inagotable; es la imágen en la tierra de la bondad celeste, que jamas se cansa de amar y de perdonar!

Léjos de Luis, que se hallaba en Barcelona, y habiendo perdido á su hija con una muerte tan impensada como dolorosa, la pobre viuda sintió que su corazón desfallecia bajo el peso de su dolor.

(Se continuará.)

CUENTO.

Érase un hombre, y su nombre,
Cual veis, en silencio paso,
Pues lo importante del caso
No es el nombre, sino el hombre.
Cuentan de él que era inhumano,
Tanto, que con cara impía,
Viendo á un pobre le decia:
—Perdone por Dios, hermano. —
Y era rico: en brillo, al sol
Sus joyas dábanle guerra:
No recuerdo bien su tierra;
Pero, en fin, no era español.
Tenía criados, coche
Y cuanto á su afán cumplía.....
Miento, sólo no podia
Pegar los ojos de noche.
Todo el proto-medicato
En vano le visitaba,
Y el pobre señor gritaba:
— Si no me curan, me mato. —
Con este clamor eterno,
Dejando la blanda alfombra,
Renegando de su sombra,

Salió á la calle, era invierno.
Con su alma forrada en cobre
Marchaba sin direccion,
Cuando en cierto callejon
Le salió al encuentro un pobre.
— Señor, dijo, á V. acudo;
Una limosna, por Dios,
Es invierno, y somos dos
Á dormir sobre un felpudo.—
Yo no sé qué oculta llama
Le hirió entónces con su brillo,
Que, alargándole un bolsillo,
Contestó: — Para una cama.—
Volvió á su casa risueño;
La cabeza recostó
Sobre la almohada, y pasó
Toda la noche de un sueño;
Y oyó al despuntar la aurora
Que una voz libre de enojos
Dijo: — Dios cierra los ojos
Del que consuela al que llora.

ENRIQUE GASPAS.

EFEMÉRIDES ESPAÑOLAS.

Abril.

- Día 1.º—1521.** Hernando ó Fernando de Magallanes, célebre navegante portugués, al servicio de Carlos V de España; después de descubrir el estrecho que lleva su nombre y de someter á la obediencia de nuestra patria al soberano de la isla de Zebri, es muerto en un combate contra los isleños de Matan.
- 2.—1839.** En la anterior guerra civil, el general Azpiroz se apodera del castillo de Alpuente, que estaba ocupado por los carlistas.
- 3.—302.** Por orden del emperador Valerio, y de Maximiano, es derribada la iglesia catedral de Toledo, que se empezó á construir en el pontificado de su primer obispo San Elpidio y se concluyó y perfeccionó en el de San Eugenio. Aquel templo se llamaba Santa María de Alfaucen, que se restauró y consagró de orden de Recaredo en Abril de 587: pasó á ser mezquita de los moros en 714, y volvió á su primitivo destino en 1086: conquistado Toledo por don Alonso VI, fué reedificada por mandato de San Fernando.
- 4.—1833.** Reales decretos mandando que en los reinos de España se jure á la infanta doña María Isabel Luisa, hija primogénita de Fernando VII, como princesa de Asturias, y heredera de ellos á falta de varon; señalando el 20 de Junio para la jura en la iglesia del real convento de San Jerónimo de la corte; previniendo que por el Consejo de la Cámara se comuniquen las cartas convocatorias á todas las ciudades y villas de voto en Cortes para que envíen á Madrid diputados en el tiempo que se les señala, con sus poderes bastantes, que deberán ser reconocidos por la junta de asistentes á Cortes que el Rey nombrare.
- Día 5.—1453.** Es preso en Búrgos el condestable D. Alvaro de Luna, quien después de haber sido durante muchos años, monarca más que ministro de España, murió en un afrentoso patíbulo. Si grandes fueron sus ambiciones, debióle España grandes beneficios, pues como dice el romance:
- Con alientos de gigante
Él acometió la empresa
De hacer reinar en Castilla
Sólo un rey, de ciento que eran.
- 6.—1648.** Los españoles, mandados por Don Juan de Austria, se apoderan de Nápoles.
- 7.—1811.** Toma de Cartagena de Indias por el general La Torre.
- 8.—1415.** El obispo de Valencia, D. Juan de Borja, es elegido Papa con el nombre de Calisto III. Había nacido en Játiva y murió en 1458. Este Pontífice revisó el proceso de la heroína francesa Juana de Arco y la declaró mártir.
- 9.—1548.** Batalla de Xaquixaguana, en la que Gonzalo Pizarro fué hecho prisionero, siendo degollado al día siguiente en la plaza de Lima de orden del virey Gasca.
- 10.—1814.** Batalla de Tolosa de Francia entre el ejército francés mandado por el mariscal Soult, y el anglo-hispano-lusitano bajo las órdenes del duque de Wellington, sumamente gloriosa, especialmente para el español, que mereció los más distinguidos elogios por su bizarro comportamiento en ella.
- 11.—1811.** Los hermanos Pou y D. Juan Marqués, con un valor imponderable, recuperan para España el castillo de San Fernando de Figueras, que ocupaban los franceses.
- 12.—1657.** El patriarca de las Indias, Don Alonso Perez de Guzman el Bueno, colocó la primera piedra de la capilla de San

- Isidro en la iglesia parroquial de San Andrés de Madrid.
- Día 13.—1844. Decreto creando el cuerpo de la Guardia civil, que tan importantes servicios viene prestando en España desde aquella fecha.
- 14.—1864. Toma de las islas Chinchas por la escuadra española mandada por el general Pinzon.
- 15.—1814. Las Córtes generales y extraordinarias decretan que, para perpetuar la gloriosa aunque triste memoria del *Dos de Mayo*, en cuyo día sellaron con su sangre los primeros mártires de la patria su generoso y heróico amor á la libertad é independencia de la nacion, sea dicho día perpétuamente de luto riguroso en toda la monarquía española.—Entra Fernando VII en Valencia, de vuelta de Francia.
- 16.—1246. Conquista de Jaen por el rey don Fernando III, *el Santo*.
- 17.—1492. Celébrase en Santa Fé (sitio de Granada) un tratado, en virtud del cual marcha Cristóbal Colon al descubrimiento del Nuevo Mundo.
- 18.—1738. Fundacion de la Real Academia de la Historia, á la cual han pertenecido tantos españoles eminentes.
- 19.—1529. Jura del rey D. Felipe II en el monasterio de San Jerónimo de Madrid.
- 20.—1468. Conquista de Huéscar por los reyes Católicos.
- 21.—1284. Muere en Sevilla, á la edad de 63 años, D. Alfonso *el Sábio*, segundo rey de Castilla y Leon. Tomó diferentes ciudades y comarcas, recibiendo pleito homenaje de los reyes moros de Sevilla, Granada y Niebla; mandó hacer el *Fuero Real* hasta que se publicaron *Las siete Partidas*; estableció y protegió la enseñanza de las ciencias, formó las *Tablas alfonsinas* y dejó muestra de su estro poético en las *Cantigas*.
- 22.—1693. Muere Claudio Coello, célebre pintor español, del disgusto que le produjo la preferencia dada por Carlos II á Jordan para pintar la bóveda y escaleras del Escorial.
- Día 23.—1521. Batalla de Villalar, perdida por los comuneros de Castilla contra las tropas de Carlos V, y prision de los capitanes Padilla, Bravo y Maldonado.
- 24.—1833. Las tropas de Isabel II, al mando del coronel D. Saturnino Albuin, baten á los carlistas, á las órdenes del cura Merino, en Herrera de Pisuegra, haciéndoles más de cuarenta muertos, varios heridos y prisioneros, con algunas armas y municiones. Hallábase entre los cadáveres un sobrino del mismo Merino, el padre de Balmaseda, sin contar otros varios jefes que, en el momento de la pelea, ocupaban el puesto de los soldados.
- 25.—1707. Ganan los ejércitos español y francés, á las órdenes del duque de Berwick, la célebre batalla de Almansa, la cual fué una de las más señaladas que se dieron en las guerras de Sucesion, quedando derrotados los aliados, que eran alemanes, ingleses, holandeses, y portugueses con pérdida de toda la artillería, municiones, etc., cinco tenientes generales, 6.000 muertos, 12.000 prisioneros y 120 banderas, decidiendo de la suerte de Felipe V y del archiduque Carlos. Aun se ve en el lugar del combate una columna levantada allí para recuerdo.
- 26.—1860. Tratado de paz entre España y Marruecos.
- 27.—1811. El corregidor de Murcia D. Joaquin Elgueta es asesinado por el pueblo.
- 28.—1469. Los Reyes Católicos mandan salir de sus reinos á todos los judíos.
- 29.—1741. Nace en Berriz el historiador español D. Juan Ramos Iturriza.
- 30.—1513. Sitio de Prato por Hugo de Cardona.



PROBLEMAS.

SOLUCION Á LOS PUBLICADOS EN LA PÁGINA 159.

19. — Lo que cualquiera persona puede abrir y ninguna cerrar, se refiere á varios objetos; un huevo, una fruta, etc.

20. — La colocacion de los moros y cristianos, á que se refiere el problema 20, es la que damos á continuacion. Como lo mismo da colocarlos en forma circular que en línea recta, y á la imprenta le agrada más este último sistema, le damos la preferencia. Los moros están señalados por la letra M., y los cristianos por la C.

C.C.C.C.M.M.M.M.C.C.C.C.M.C.C.C.M.M.M.C.C.M.

21. — La letra A.

22. — El primer peregrino llevaba 7 blancas (cada dos blancas forman un maravedí). Doblada su hacienda por el primer santo, le resultaron 7 maravedís; dió 4 y le quedaron 3. Dobla los éstos por el segundo santo, se convirtieron en 6; dió 4 y quedaron 2. Doblados los 2 maravedís por el tercer santo, resultaron 4; los mismos que depositó en el cepillo. El segundo peregrino llevaba 7 duros; doblados, se convirtieron en 14. Descontados 8 para el primer santo, quedaron en 6. Doblados por el segundo santo, los 6 duros se convirtieron en 12, y descontados los 8 de la promesa, le quedaron 4. Estos 4 doblados, formaron los 8 que dió al tercer santo.

HAN ACERTADO NUESTROS PROBLEMAS LOS SIGUIENTES NIÑOS:

D. José y D. Miguel Ubillo y Morlina, de Barcelona, el 15, 16 y 18.

D.^a María Aparicio y D.^a Aurora Sagredo, de Ponferrada, el 15 y 16.

D. Antonio Ruis y Juliá, de Barcelona, el 15.

D.^a Petra Cobelo y Diaz, de Madrid, el 15.

D. Ricardo Oyuelos y Perez, de Madrid, el 22.

D. Javier Gutierrez, de Valladolid, el 15 y 18.

D.^a Matilde Beraud, de Madrid, el 20, 21 y 22.

D.^a Amalia Arribas Arroyo, de Madrid, el 20, 21 y 22.

D. Isidoro Escalera, de Vigo, el 19 y 21.

D.^a Regina Boti y Botella, de Alcoy, el 19 y 21.

D. Octavio Armada y Lopez, de San Mamed de Viana, el 20 y 22.

D.^a Trinidad Vergara, de Santander, el 21 y 22.

D. Mariano Saez, de Segovia, el 20 y 21.

D. Rafael Asin y Linares, de Alicante, el 21.

D. José Genaro Marzan, de Madrid, el 20, 21 y 22.

D.^a Patrocino Arrazola, de Madrid, el 21 y 22.

D. José García Doncel y Camarasa, de Madrid, el 20 y 21.

D. Fidel y D. Vicente Moragas, de Tarragona, el 19, 20, 21 y 22.

D.^a Juana Moreno, de Aguilas, el 19, 20, 21 y 22.

D. Manuel Granges, de Madrid, el 20 y 22.

D.^a María de los Angeles Ruiz Jimenez y Novella, de Madrid, el 21.

D. José Morales y Sellan, de Madrid, el 20, 21 y 22.

D.^a Amada García Navarrete, de Ortigosa, el 20 y 21.

D.^a Anita Bartrina y Medina, de Madrid, el 20, 21 y 22.

D. Adolfo Moris, de Madrid, el 14, 15, 17, 18, 20, 21 y 22.

D. Felipe Zamarro, de Madrid, el 21.

D.^a Filomena Rizaldos, de Villalunga, el 20 y 22.

D. Luis y D. Ramiro Muñoz de Remisa, de Madrid, el 21 y 22.

D. Luis Espadero, de Alcázar de San Juan, el 20.

D. Jesus de Velasco y Xerica, de Madrid, el 19, 20, 21 y 22.

D. José Sainz, de Madrid, el 19, 20, 21 y 22.

D.^a Blanca y D.^a Clotilde Catalan de Ocon y de Gayola, el 19 y 21.

D. Antonio Rosales, de Granada, el 19, 20, 21 y 22.

D. Francisco Ansaldo y Otalora, de Madrid, el 14, 20, 21 y 22.

D. José Lozano, de Madrid, el 20 y 22.

D.^a Carmen Besteiro y Fernandez, de Madrid, el 20, 21 y 22.

D.^a Erminia Lopez Ocaña, de Madrid, el 20, 21 y 22.

D.^a María Alvarez y Montes, de Madrid, el 20, 21 y 22.

D. Juan Echevarría; de Barcelona, el 15, 16 y 18.

D. Antonio Saez, de Madrid, el 19, 20, 21 y 22.

D. Juan Echevarría, de Barcelona, el 19, 20, 21 y 22.

D. Isidro García Lastra, de Madrid, el 20 y 21.

D. Javier Gutierrez, de Valladolid, el 21.

D. Honorio Cornejo, de Huelva, el 21 y 22.

D. Diego de la Llave, de Barcelona, el 19, 20, 21 y 22.

D. Eduardo y D. Enrique Martínez Cardeña, de Madrid, el 21.

D. Nicolás y D. José Suarez Canton y Uría, de Cángas de Tineo, el 21 y 22.

D.^a Adela y D. Adolfo Cadaval, de Vigo, el 19 y 21.

23.— ¿Cómo trazariamos con dos rectas un cuadrado?

24.— ¿Cómo formarémos 20 reales con veinte monedas sueltas, sin que éstas sean realitos de plata?

25.— Un grupo de aves de rapiña encontró en los aires á una bandada de golondrinas, y al preguntarlas cuántas eran, contestaron:

Con todas nosotras, otras tantas, una mitad de las que somos y una cuarta parte del número que veis, sumarémos con vosotros 2.000, y estaremos en la proporcion de 99 golondrinas por cada gavián.

¿Cuántas golondrinas iban?

26.— Si me regalas uno de tus gatos, — dice Pedro á Juan, — tendré doble número que tú.

— Regálame tú uno de los tuyos, — contesta Pedro, — y quedarémos con igual número de gatos.

¿Cuántos tenía cada uno?

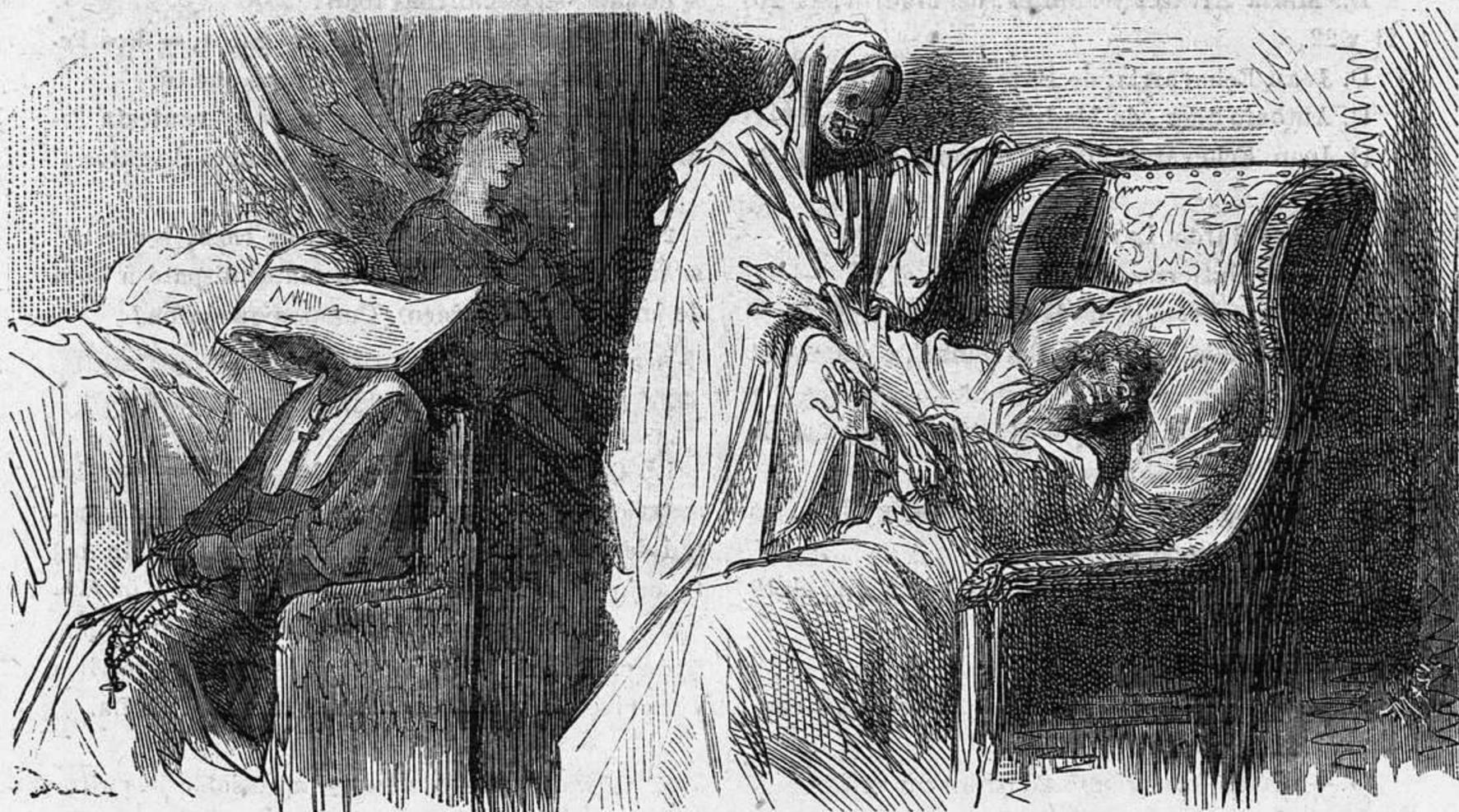
27.— La última vez que fui de caza, sorprendí siete perdices debajo de una mata; disparé á boca de jarro y maté á cinco. ¿Cuántas quedaron?

ADVERTENCIAS.

1.^a Queda subsistente para los que descifren los anteriores problemas el beneficio de adquirir á mitad de precio (2 reales), el librito de D. Manuel Ossorio y Bernard, *Cartas á un niño sobre la Economía política*, del cual han adquirido gran número de ejemplares la Direccion de Instrucción pública y muchas Diputaciones provinciales de España.

2.^a Agradecemos á nuestro apreciable suscriptor D. F. A. y O. la carta que nos dedica, y que demuestra sus felices disposiciones para los estudios literarios y el cultivo de la poesía. Lo mismo decimos al suscriptor D. A. R. Sigán tan aplicados, pero no se dediquen, sin una invencible vocacion, á la profesion de las letras, cuyo porvenir es tristísimo en España. Creemos que sus cartas merecen un premio, y no vacilamos por eso en darles este leal consejo, hijo de nuestra experiencia.





LA MUERTE Y EL MORIBUNDO.

(FÁBULA.)

Quejábase á la Muerte un moribundo,
De cuán inesperada
Órden le daba de dejar el mundo,
Sin tener su partida preparada,
Y sus lamentos eran más extraños,
Sabido que pasaba de cien años.

— Aun no hice testamento
(El infeliz, temblando, repetía):
¿He de morir en este mismo asiento?
Esperad, esperad siquiera un día.
Mi mujer, que aún es jóven, que aún es bella,
No puede consentir marche sin ella.
Es preciso, además, que á mi sobrino
Le busque algún destino,
Para evitarle privaciones crueles;
Que arregle unos papeles;
Y además, es preciso
Que á la casa en que estoy le añada un piso.

— Anciano, — le contesta al fin la Muerte, —
Tu injusticia conmigo no reparas:
Te quejas de que quiero sorprenderte,
Y un siglo permití que me aguardaras.
Nunca hubiera llegado en buen momento,

Aunque tuvieras ya reedificado
Tu palacio, al sobrino colocado,
Y listo en toda regla el testamento.
Que aviso no te di.... ¿Qué más aviso
Que tu senil estado,
El torpe oído, el paso ya indeciso,
El recuerdo confuso y perturbado?
De tu pasada vida los testigos
Viste que se alejaban....
¡Murieron tus parientes, tus amigos,
Y nada con su muerte te avisaban!
¡Ea, anciano tenaz, llegó el momento;
Sígueme ya, que al mundo nada importa
El que hayas hecho ó no tu testamento! —

Así dijo la Muerte,
Y á fé que con razón: locura insana
Es lamentarse el viejo de la suerte,
Seguro fin de la miseria humana.
Si el fúnebre viaje
Nadie puede evitar, es imprudencia
No tener hecho siempre el equipaje....
Y limpia la conciencia.

M. OSSORIO Y BERNARD.